

# Judith Gutiérrez

## UNA ARTISTA DE ECUADOR Y MÉXICO

Juan Hadatty Saltos

*Para Ismael, Amelia, Virginia, Pamen, Miguelito*

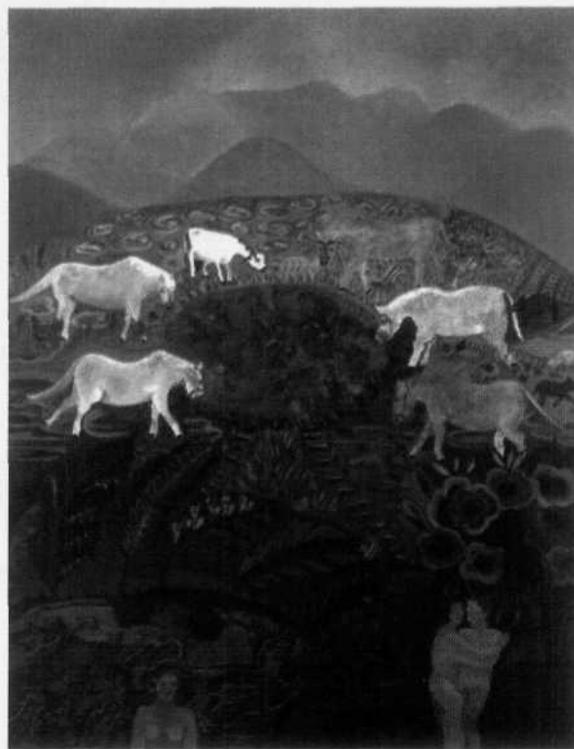
### El origen

La artista plástica ecuatoriano-mexicana Judith Gutiérrez Moscoso falleció el primer día de marzo del 2003 en su casa-taller de Guadalajara. Nació en la ciudad ecuatoriana de Babahoyo, en 1927. Creció en la hacienda La Chorrera, junto al río, haciendo la vida del campo costeño en la república equinoccial. Su padre, marino fluvial y agricultor, la envió en plena adolescencia al internado de un convento en Riobamba, ciudad andina del centro del país asentada al pie del nevado Chimborazo, que excede los 6300 metros y cuya majestad motivó al poeta Miguel Ángel León para llamarlo “cimborio de platino, campanario de los huracanes.”

El escritor Miguel Donoso Gutiérrez, hijo de la artista, escribe en 1989: “Judith está hecha de calor, de humedad, de historias del campo bellas y terribles, de muros conventuales que la separaron del mundo durante algún tiempo, llenándola de imágenes sagradas, de miedos, de iluminaciones y le enseñaron otra manera de imaginar, de inventar, de crear y de vivir.” Efectivamente, su formación de niña provinciana interna en un colegio católico y el variado, hermoso paisaje ecuatorial, marcaron el rumbo de la pintora. Al respecto, advierte el crítico Jorge Dávila Vásquez que en sus trabajos vibra “todo el primitivismo de esos furtivos encuentros del hombre con sus pequeños demonios de la infancia, alimentados por la imaginaria religiosa cristiana.”

De su primer matrimonio nacen sus hijas Amelia y Virginia García Gutiérrez; más tarde, al terminar su relación conyugal, ingresa a la Escuela de Bellas Artes “Juan José Plaza Aguirre”. Ya en 1963 presenta sus primeras muestras individuales en la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo del Guayas, en Guayaquil; y en 1964, en la Casa de la Cultura Núcleo de Los Ríos, en su Babahoyo natal, y en la Matriz de la Casa de la Cultura en Quito.

Entretanto, cambia radicalmente su ritmo existencial. Es para entonces activa militante de la Unión de Mujeres del Guayas, agrupación precursora de las organizaciones femeninas del país, y en el Movimiento por la Paz. Contrae matrimonio con el escritor Miguel Donoso Pareja, con quien procrea a Leonor (prematamente fallecida), María del Carmen y



Judith Gutiérrez  
*Vida campesina, 2001*  
Óleo/lino, 90x90 cm

Miguel. Su profesor más influyente fue el maestro César Andrade Faini. Hernán Rodríguez Castello comenta a propósito: “...tuvo un maestro que le enseñó los secretos de una visión del mundo que conjugaba cierto primitivismo con refinamientos de oficio”. Sin embargo, de este influjo determinante supo la discípula diferenciarse claramente del preceptor. La de Gutiérrez es una pintura directa, plasmada, no diseñal ni caligráfica, contorneante ni sombreada, sin efecto alguno de perspectiva; plana, frontal; de ahí que algunos la consideren primitivista y naif.

Ella construye cardinalmente en la armonía y cadencia de formas, espacios y volúmenes, obtenidos con valores tonales muy bien trabajados y escogidos a su aire. Las figuras lucen en los soportes como partes activas de un guiñol. Cabe recordar las funciones que la artista daba en el teatro de títeres “La Carreta” con Miguel Donoso y el también poeta Fernando Cazón Vera. Recuerda Nani Cazón: “...hacíamos todo: Judith los muñecos, su vestuario y las escenografías y toda la tramoya; Miguel y yo escribíamos las obras, guiones y entre los tres movíamos las marionetas y poníamos las voces y cantos. Los acompañé más de un año y ellos siguieron muy profesionalmente”.

Si bien nuestra artista sobresalió principalmente como pintora, laboró en todos los géneros y modalidades de las artes plásticas. Hizo con igual calidad escultura, artes gráficas, estampado, cerámica, ilustración, afichismo, objetos de arte, diseño gráfico, artes aplicadas y decorativas, amén de ensamblajes, varios tipos de instalaciones, tapicería y diseño de escaparates. Trabajó piezas tridimensionales desde sus comienzos –aún antes de su corto período académico en la Escuela de Bellas Artes– con la misma intensidad y frescura de su emprendimiento bidimensional. Aparte de piezas escultóricas, creó objetos dentro de las artes decorativas (muñecas, platonos pintados, maceteros), objetos de artes aplicadas (gorras, camisetas, insignias, banderines, collares, pulseras, pañolones o paliacates, figuras de cerámica) y objetos de arte *per se* o arte-objeto (cajas, urnas, libros de artista, conjuntos escénicos). Judith se constituyó, junto con Alba Calderón de Gil, en verdadera innovadora de las artes manuales en general y de las plásticas en especial. Tarjetas y prendas pintadas, álbumes, piezas únicas y múltiples de alta artesanía, tapices, objetos de cerámica, juguetes, distintivos, salían del taller que compartían, mismo que llevaba el nombre de una mítica cultura isleña precolombina del Golfo de Guayaquil, “Punáes”, ubicado en las calles Luque y Escobedo, en el centro comercial del puerto ecuatoriano.

Judith y Alba, junto a varias mujeres creadoras del siglo XX y hasta nuestros días (Leonor Rosales de Villanueva, Pacífica Ycaza de Sorensen, Araceli Gilbert de Blomberg, Bellamada López Rodríguez, Yela Loffredo de Klein, Ana Von Buchwald Pons, entre otras), formaron parte



**Judith Gutiérrez**  
*Paraíso 96*  
 Óleo/lino, 70x70 cm

de la llamada Escuela de Guayaquil en las Artes Plásticas Contemporáneas. A ésta dieron sus aportaciones enriquecedoras, además de los nombres femeninos arriba mencionados, Manuel Rendón Seminario, Antonio Bellolio, Galo Galecio, Alfredo Palacio, Segundo Espinel, Marcos Martínez Salazar, César Andrade Faini, Enrique Martínez Serrano, Eduardo Solá Franco, Mario Kirby, Jorge Swett, Humberto Moré, Enrique Tábara, Estuardo Maldonado, Gilberto Almeida, Jaime Villa, Evelio Tandazo, Luis Miranda, Theo Constante, León Ricaurte, Bolívar Peñafiel, Félix Arauz, Simón Carrillo, Antonio del Campo, para sólo nombrar a los nacidos hasta 1940. No olvidamos los aportes de los maestros extranjeros que anidaron temporal o largamente en Guayaquil, como José María Roura, Hans Michaelson, Else Michaelson, Enrico Pacciani, Ezio Pattay, Lloyd Wulf, Karl Dishington, Edmundo González del Real, Iska Kraal, Ricardo Florsheim. Todos ellos manifestaron su creatividad en diversas corrientes y planteamientos con oficio de excepción, de tal forma que ningún museo ni libro de historia de artes contemporáneas del Ecuador, puede ignorarlos bajo circunstancia alguna.

En 1963 se dio un golpe antidemocrático que instauró una dictadura militar en Ecuador. Como siempre, los artistas e intelectuales, junto a los trabajadores y estudiantes, fueron reprimidos severamente. Miguel Donoso Pareja, compañero de Judith, fue apresado por algún tiempo junto a otros valiosos intelectuales, y luego desterrado a México, adonde ella lo acompañó en 1964. Siguen ambos allá sus carreras artísticas y, por el resto de la década de los sesenta, Judith expone con la Galería Pecanins, del D. F., con las galerías tapatías “Ruta 66” de Guadalajara, y con “La Galería” de Ajijic y Galería “Lepe” de Puerto Vallarta. Luego le tocó representar a la Pintura Mexicana y Ecuatoriana en varias ocasiones: expuso en 1976 en el Poliforum Siqueiros; en 1978, participa en una colectiva de Grabado de 39 artistas de 14 países, auspiciada por “Papel y Cartón de México” y organizada por el Instituto de Bellas Artes (INBA). Asisten, entre otros, Roberto Matta, Arnold Belkin, Gunter Gerszo, Carlos Mérida, Pérez Celis, David Manzur, Edgar Negret, Alfredo Sinclair, Guillermo Trujillo, Oswaldo Guayasamín. En 1979 expone en el Museo Carrillo Gil de la Ciudad de México. La creadora se presenta cada vez con mayor seguridad en un sostenido crecimiento profesional; no estudió con frialdad de laboratorio las culturas de Nuestra América, sino que vivió compenetrada con ellas. Su inmersión en esta realidad explica su planteamiento figurado, metonímico, nunca anecdótico, literal ni descriptivo. Su sentido compositivo es directo, con muy buen tratamiento del color en lo formal; y simbólico y metafórico en lo conceptual, lindando siempre entre lo signico, lo primitivista y lo surrealista. Una visión retrospectiva demuestra en sus obras el toque auroral y balbuceante del creador prealfabético de nuestro continente. Judith hizo suyos el conocimiento, el sueño, la leyenda, la religiosidad de aborígenes y mestizos, sus costumbres y ornamentaciones, sus valores ancestrales y sus realidades presentes. Le

atrajeron los mitos y las idiosincrasias de los habitantes americanos: sexualidad y descendencia, esfuerzo colectivo y sentido comunitario, manifiestos en faenas, juegos, fiestas y lutos, actitudes hacia el dolor y la muerte, la ética y la justicia; en pocas palabras, la más general interpretación cosmogónica.

Resulta así fiel exponente de la plástica latinoamericana: diversa, poética, mestiza, barroca, sincretista y mágica. Según Edward J. Sullivan (1989), Director de Historia del Arte de la Universidad de Nueva York, “El arte de Judith Gutiérrez vuelve a inventar su legado cultural. Se adentra en el pasado y resucita; utiliza nuevamente y da nueva vida a las formas más antiguas del arte. Por otra parte, sus imágenes vivas palpan, con un aliento nuevo, un nuevo espíritu de originalidad y esplendor”. Hernán Rodríguez Castillo agrega: “De lo popular americano ha aprendido el sentido épico—gusto por lo narrativo—el arte de decir lo abstracto con escenas concretas”.

En forma continua, nos invitó a comentar sus creaciones. En la publicación *Pintoras de Guayaquil* (Colección Universidad de Guayaquil, N.º. 12, 1985), expresamos: “Judith es la figuración paciente y mágica, fina y sensual, que plantea en formas contemporáneas lo mítico de un mundo conceptual muy latinoamericano de artes manuales y tradiciones vernaculares, que en su especial concepción, lindan entre el trabajo duro ligado a los tapices y tejidos de la tierra mestiza y el nivel onírico que lleva al surrealismo”.

Después de algún tiempo de su divorcio de Miguel Donoso Pareja, nuestra artista se convierte en esposa del pintor mexicano Ismael Vargas. Con su compañero artista comparte ideales, profesión, además de muchos viajes de estudio y esparcimiento. La curadora panameña Mónica E. Kupfer comenta, con motivo de la exhibición conjunta de la pareja en el Museo de Arte Contemporáneo de la capital istmeña (1986): “Hay conexiones visuales y místicas en la obra de Gutiérrez y Vargas. Ellos han unido tradiciones y religiones del pasado con un concepto contemporáneo del arte y a pesar del uso de temas y símbolos conocidos, han logrado crear imágenes insólitas, estéticas y muy personales, cada uno siguiendo su propio sendero artístico.”

El inmenso imaginario de Gutiérrez se ensancha cada vez con nuevas vivencias y saberes y su moroso, amoroso oficio, va conformando lo que denominamos el Barroco Mestizo o el Sueño de la Tierra, en aquellos catálogos y presentaciones en los que nos tocó intervenir. Sin modificar la estructura compositiva plana y frontal, plasma escenas bucólicas amables, o bien, medallones, mandorlas o buchacas que—abiertas y diseminadas en el soporte—muestran escenas diferentes sobre un tema conexo e integrador, siempre con decoración cuidadosamente recargada de buen y unitario oficio. Más de un especialista califica de “bizantino tropical” este empeño de la pintora, denominación que aceptamos por plena de sentido. Quizá es un retorno—desde una posición profesional ya consolidada— a su temprano anhelo de contar la historia en varias escenas, tal que en los cinegramas o los

comics, tal como la propia creadora declara: “Originalmente yo dividía mis cuadros en escenas; ni yo misma me explicaba por qué, pero la verdad es que era un afán de alcanzar un orden para contar la historia, como un sumario. Cuando pensaba en algo que me hubiese gustado pensar, inmediatamente lo ponía en mi sumario [...] Ahora no hago esto, más bien necesito que el impacto sea más de color que de forma”. Así da unidad a varias de sus propuestas heterodoxas, rayanas en símbolos y alegorías crípticas o alusivos, arcanos o abiertos, que con pacientes cromatismos presenta en algunos casos.

El artista múltiple Eduardo Solá Franco reflexionaba así ante uno de sus cuadros (1989): “Bajo un árbol que podría ser el de la Ciencia del Bien y del Mal, un rebaño de animales se protege. ¿Será de la lluvia de dardos? ¿O del fuego de un sol destructor? Esperan. Esperan que todo sea consumado... en esa calma sin tiempo que es la pintura de Judith Gutiérrez”.

La cátedra tiene diferentes enfoques y clasificaciones frente a la producción gutierrezana: que si es ingenuista, órfica, lúdica, onírica, exultista, neo-costumbrista, etcétera. Nos parece que si bien tiene de todo lo que le apellidan, no es específicamente ninguno. Su construcción, libre de la normativa del trazo diseñal, no recae en contorno caligráfico, sobre-sombreado ni recurso alguno de perspectivas. Pareciera seguir el método del icono e imagen del cineasta boliviano Jorge Sanjinés, para conseguir una mejor interpretación de la audiencia hacia la pantalla, a base de la toma monoplana. Ella compone con los valores tonales por ser una verdadera maestra en la obtención de matices y su imbricación armónica, como si en su generoso atril estuviera grabado a fuego el lema de Eugene Delacroix: “Pintura es color”.

Nos tocó presentar en 1991 un conjunto suyo en Galería Expresiones y luego catalogamos su exposición en el Museo del Banco del Pacífico en Guayaquil (1994), señalando una vez más la correspondencia entre la autora y su obra. El frescor y la ternura insuflados a sus creaciones—lejos del sentimentalismo pedestre y la banalidad—son herramientas sutiles de poder para su manifiesto pictórico. La lectura y relectura de su trabajo, en cualesquiera de sus épocas, nos la muestran nítida y fluida, observadora, inquisitiva sobre la situación de nuestra gente, pues se sentía orgullosa de Ecuador, de México, de Latinoamérica. Todo esto explica lo espontáneo y hondo de su labor, que encanta por igual a legos y entendidos, volviéndonos a todos verdaderos cómplices de su magia.

## El Paraíso

Quizás ninguno de sus empeños nos da una mejor pauta de sus proposiciones que su recurrente serie “El Paraíso”, que su talento ubicó en nuestro continente y no en la Mesopotamia que forman el Tigris y el Éufrates. Esta saga maravillosa, desde la mirada de nuestro rico mestizaje, nos deslumbra por su naturaleza intacta hasta la quimera, donde empieza la fabulación occidental judeo-cristiana de la gran aventura humana (grandiosidades y flaquezas incluidas).

Esta intermitente ringla retrata claramente el pensamiento de la creadora ecuatoriano-mexicana cuando

registra con sus pinceles, rodillos y espátulas la inocencia y malicia del mundo, el Bien y el Mal, el cariño y la vileza, la infracción y el castigo. Allí encontramos la crónica notable y escabrosa del individuo, la pareja, la familia, la sociedad. Junto a metas y anhelos están los problemas del ser y la conciencia, de lo inmortal y lo perecible, del grupo humano y su destino social. “El Paraíso” no es solamente el eje central, sino la clave de la obra gutierreana. Cada año aparecía una pintura fresca de esta su secuela mito-lúdico-poética, en la que se refleja –como medido por un sensor– el grado de evolución de la artista.

Quizás nadie como ella recorrió el más amplio espectro temático: muñecos, circos, rondas infantiles, parajes encantados, eventos religiosos, leyendas ancestrales, árboles de la vida, balcones románticos, ríos navegables, variado erotismo, alegorías y signos fragmentarios. Sobre una muestra en Oaxaca (1996), Gutierre Aceves Piña anota: “...Yuxtapone imágenes no relacionadas entre sí, que no solo niegan sus significados originales, sino que sugieren otros nuevos, convirtiendo así sus cuadros en un vehículo para expresar su propia simbología”.

De su presentación en la Galería Arte Actual Mexicano de Monterrey, acota la experta Rosa Esther Juárez: “En sus cuadros no solamente se respira ese surrealismo barroco propio del arte latinoamericano, sino que sus imágenes invaden las pupilas con caballitos que vuelan, pececitos y cuerpos desnudos que se encuentran en la selva, en el cielo, en el mar...”, mientras en la misma ocasión el crítico Guillermo Sepúlveda valora: “Judith nos presenta una obra madura, con un lenguaje propio, ejecutada con un rigor que sólo puede exigirse cuando se ha dominado un oficio...”

En los últimos años, tropologizó más su discurso plástico. Lo notamos en 1999, cuando escribimos el catálogo para su individual en el Museo Municipal de Arte Moderno de Cuenca a partir de una pintura de homenaje a su padre, “Historia de un marino ecuatoriano”, donde sellos, signos y tatuajes se repiten con la tenaz insistencia del recuerdo en la distancia témporo-espacial, de la jovencita que recorrió navegando la cuenca hidrográfica del Río Guayas en las viejas, queridas lanchas y motonaves fluviales, con inclusión vivencial de banderas, anclas y peces.

Respecto a sus tapices, Juan Castro y Velásquez declara: “El tapiz que exhibe, realizado en los Talleres de Ashida en Guadalajara, representa a San Jorge doblegando el mal. Esta obra ha sido hecha en la técnica del gobelino y es la única de grandes dimensiones. Judith Gutiérrez es la única artista ecuatoriana que conozco, que realiza gobelinos”. En la misma ocasión, al explicar a la prensa sus colores encendidos en ciertas pinturas, Judith declaró: “Ahí siento que están mis raíces ecuatorianas, en lo tropical”, aludiendo a los tonos cálidos, luminosos, exultantes.

En la primavera boreal del año 2001, la Galería La Mandrágora de Guadalajara organiza, bajo la curaduría de Ricardo Duarte, una Muestra Colectiva de Arte Objeto. La integran doce artistas plásticos, entre los que se cuentan Judith Gutiérrez, Ismael Vargas y Flavio Álava –ecuatoriano

residente en Suiza. En el catálogo hay un interesante fragmento sobre el tema del objeto de arte, desde el *ready-made* de Marcel Duchamp (ca. 1913) hasta nuestros días, que corresponde a una conferencia de Eduardo Ganado Kim. En la portada luce una foto a color de “Sin condón no hay acostón”, arte objeto de Judith: una jaula-campana transparente decorativa ojival con una avecilla que va a despegar en lo alto y un preservativo inflado en el interior, colgando sobre una peana circular. Esta composición simple, metafórica y didáctica, retrata el espíritu creativo, el ángel de Gutiérrez, y nos recuerda sus títulos de libros de artista: *Libro para ciegos*, *Memoria de una bailarina* o *Mano de mago para alfabetizar*, aplicados a propósitos sociales con el ingenio estético.

Entre el 2001 y 2002, realiza una exhibición itinerante que se inicia en el Instituto Cultural Cabañas de Guadalajara, que viaja luego al Museo Metropolitano de Monterrey, titulada “Retorno a los sueños”. Jaime Moreno Villarreal comenta que este recurrente edén representa “La idea de un desenlace en que los hombres encontrarán la paz y la felicidad liberados de sufrimientos e injusticias; reúne por un costado el sueño del paraíso y por el otro el de utopía”.

El jueves 27 de febrero del 2003, en el Instituto Cultural Cabañas se inaugura una colectiva en la que figuran Judith e Ismael. Pintan sus diferentes propuestas sobre losas: piedras revestidas de cerámica. La obra de Judith llama la atención, tanto como su ausencia en la noche de apertura. Ismael explica que ella no se siente bien y antes de pasadas cuarenta y ocho horas de esta actividad, fallece, llenándonos de sombra.

Judith Gutiérrez Moscoso cumplió un centenar de exposiciones, un tercio de ellas personales. Recibió muchas distinciones y reconocimientos, sin que resultaran suficientes para su talento y dedicación. Su obra queda entre sus familiares y amigos y en muchas colecciones públicas y privadas de varios países, especialmente de sus patrias Ecuador y México, pero también en los Estados Unidos de América, Canadá, Guatemala, Cuba, Panamá, Venezuela, Brasil, España, Italia, Alemania, India y Japón. Su arte seguirá seduciendo al público de las nuevas generaciones e influyendo en los futuros creadores, volviéndolos sus cómplices, como ocurrió con los que tuvimos la suerte de tratarla. Su obra es documentación estética perpetua de los pueblos mestizos de la América que tanto amó. ■

---

**Juan Hadatty Saltos.** Sociólogo, galerista y crítico de arte ecuatoriano. Dirige la “Galería del Puerto” en Guayaquil y ha sido jurado de los principales salones de pintura de su país. Entre sus obras, pueden citarse *Mariano y el optimismo*, *El técnico debe ser culto*, *Alfredo Palacio, artista de su tierra y de su tiempo*, y *Manuel Rendón Seminario, un pintor ecuatoriano de L’Ecole de Paris*. Es miembro del Concepto Editorial de *ArchiPiéLAGO*.



**Judith Gutiérrez**  
*Nocturno 4, 2001*  
Óleo/lino, 40x40 cm



**Judith Gutiérrez**  
*Paraiso 2001, 2001*  
Óleo/lino, 90x90 cm